

Los rituales en casa de mi Chanita

Rosa Cisneros

Evocar el recuerdo de mi Chanita es volver a sentir su paz, su ternura y su sabiduría. Mi Chanita, como todos sus nietos le llamábamos, tenía una diminuta figura, chiquitita, con pasos menuditos, morenita. Su pelo era entre blanco y negro; siempre se hacía una trenza que parecía un chorrito de agua, y se la prendía con una peineta negra. Mi Chanita, aunque pequeñita, tenía la sabiduría que la vida le había brindado. La mayoría del tiempo se la pasaba callada; sin embargo, servía de mediadora cuando surgían problemas en la familia. Mi madre a veces sacaba a relucir el dicho de mi abuelita: “Óyelos como quien oye llover y no se moja”. En casa de mi Chanita estaban establecidos ciertos rituales difíciles de evadir.

Mi Chanita vivía en la Ciudad de Tepic, Nayarit con una de sus hijas. La casa era pequeña, pero el patio era enorme. A veces durante el período de vacaciones, mi padre nos mandaba para que conviviéramos con ellas. La ciudad de Tepic por lo general tiene un clima muy frío; sin embargo, el calor de mi abuelita me abrigaba. Yo disfrutaba mucho de su compañía. En esa casa se respiraba la tranquilidad y la paz, contrastando con lo ruidoso de mi casa donde vivíamos nueve hermanos y mis padres.

Por la mañana, muy tempranito, mi tía nos sacaba a la banqueta de la casa. Nos ponía unas sillas de madera con asiento tejido de palma en donde mi abuelita y yo permanecíamos sentadas a que “nos pegara el sol”. Luego mi tía continuaba con los quehaceres del hogar. Aunque el olor al café Córdoba nos recordaba que era hora de almorzar, no podíamos comer sino hasta después de las siete de la mañana, hora en la que el cura de la iglesia llegaba a bendecir la casa y darle la comunión a mi Chanita. Una vez que el padre se marchaba, podíamos disfrutar de las delicias de un café, con unos frijolitos refritos y queso fresco. Eran un manjar para mí y mi abuelita.

Después de comer, mi Chanita y yo juntábamos las guayabas caídas de los árboles que se encontraban en el enorme patio y cortábamos los chayotes. Luego, los dejábamos en el pretil para que mi tía los cocinara. Al finalizar nuestros quehaceres, no sentábamos a coser servilletas para las tortillas, y entre historias y cuentos, ella se quedaba tranquilamente dormidita en su vieja silla. El sol que peleaba por entrar entre las ramas del guayabo daba la imagen de mi abuelita como la de un angelito, con toda la ternura y la paz reflejada en su rostro.

Cuando nos íbamos a acostar en nuestra cama de madera, seguíamos otro ritual. Primero, encendía sus veladoras. Después, rezaba el rosario tan quedito que casi no se le escuchaba la voz, sólo el sonido de la “s” sobresalía en sus rezos. Finalmente, se untaba vaporub en sus coyunturas para “calentarse sus huesos” decía, y luego, nos tapábamos con las sábanas blancas y olorosas a jabón pinto. Mi tía solía lavar las sabanas diariamente. Estos eran los rituales que se seguían en la casa de mi Chanita, una viejecita pequeñita y tierna que con su tranquilidad y sabiduría lograba ganarse el corazón de sus nietos. A pesar de que hace ya tiempo que no está entre nosotros, la sigo recordando con respeto y cariño.